



EL LOBO ALFA

J. L. García

EL LOBO ALFA



Primera edición: noviembre de 2020

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© J. L. García

ISBN: 978-84-18366-90-1

ISBN digital: 978-84-18366-91-8

Depósito legal: M-23575-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para mi familia, lo único que
verdaderamente importa:
Alicia, Luis, Pilar, Rodrigo,
Alejandro, Marisa.
Para mis padres.*

EL LOBO ALFA

El planeta Wraten es un mundo virgen, salvaje, rebo-sante de vida. En este mundo, los niños y niñas huma-nos, en los primeros años de su vida, son ligados a un animal joven, en lo que se denomina una «unión-*token*». Los miembros de una misma familia, normalmente, se ligan a la misma especie animal. La unión-*token* entrelaza a distancia los cerebros del humano y el animal, estén donde estén, de forma que ambos ven y sienten lo que ve y siente el otro. El humano controla parcialmente a su animal, aunque ambos se influyen mutuamente a través de sus deseos y sensaciones. La unión es única e indes-tructible; un humano que se une a un animal ya no puede unirse a otro.

Así había sido durante cientos de años...

En una noche lo había perdido todo. Pero ellos lo pagarían.

Al fondo se distinguía la columna de humo del poblado, y las llamas de algunos edificios. Muy pocos habían conseguido escapar. No los que importaban. Kern, el artesano de la madera, había perdido todo: mujer, hijos, y todos los *tokens*-lince ligados a la familia.

Lo pagarían caro. Kern se encargaría de ello. No sabía ni cómo ni cuándo, pero lo pagarían.

*

Arken también veía el incendio. El patético grupo que había conseguido escapar se ocultaba en el denso bosque de roble y acebo de la colina al este del poblado. Había tenido suerte —si a eso se le podía llamar suerte—; sus hijos, Nara y Bloom, y su mujer Kendra, estaban allí. También estaban sus cuatro *tokens*. No podía decirse lo mismo del resto del grupo. Vesle, la alfarera, y Ria, la tejedora, miraban llorando lo que quedaba del pueblo. Sus hijos y sus *tokens* estaban con ellas, pero los

dos padres habían tratado de proteger la fuga. Tras una breve pelea, habían caído bajo las lanzas de los jinetes de piel clara.

—Estaba en las colinas en vez de en el poblado — murmuró Kern mirando su hacha—. No estuve donde debía estar... los dejé solos... los malditos jinetes... bastardos...

—Si hubieras estado allí no habría supuesto ninguna diferencia —susurró Arken—. Había decenas de lanceros de Lumos —una idea surgió en su mente—. ¿Tu *token* estaba allí? ¿Lo viste todo?

—Sens estaba allí —sollozó Kern—. Me gustaba ver qué hacían los míos cuando estaba en las colinas... Lo vi todo... Nuestros *tokens*-lince pelearon, pero los jinetes lancearon y acuchillaron tanto a los lince... como a mis chicos... y a Tesha... los remataron a todos en el suelo. Sens murió el último... —se le quebró la voz—. Tenemos que volver y matar a todos los lanceros que podamos.

—Somos cinco, ¿te das cuenta? —Arken bajó aún más la voz— No somos guerreros. Si volvemos al poblado moriremos todos.

Kendra cruzó miradas con Vesle y Ria. Vesle temblaba levemente, acurrucada tras una roca.

—Tenemos que escondernos aquí hasta que se haga de noche. Queda una hora de luz. Por la noche huiremos hacia el este. Es vivir o morir.

Arken miró con tristeza lo que quedaba del poblado, en el que había nacido y crecido, en el que se había unido a su *token*-halcón, en el que había criado a sus hijos.

Pero sus hijos todavía estaban aquí, mirándole. Completamente aterrorizados.

—Vivir o morir. De acuerdo.

*

Formaban un extraño grupo cuando emprendieron la marcha. Arken y Ria iban delante. Contaban con la ventaja de los tres *tokens*-búhos de Ria y sus hijos, con lo cual podían orientarse en la oscuridad. Ria veía lo que veía su búho, y marcaba la ruta. Pero Rhais, el búho de Ria, no podía soportar en vuelo un ritmo sostenido de marcha, y tuvieron que hacer relevos con los búhos más jóvenes de los hijos de Ria, que se pusieron en cabeza de la columna, relevando a su madre. Cuando los búhos, cansados, se negaban a seguir volando, el pequeño grupo tenía que hacer una parada.

Arken y Kendra, y sus hijos, llevaban sus halcones en sus mochilas-nido. Los halcones se movían nerviosos en la oscuridad, y los dos más jóvenes emitían breves gañidos, hasta que Kendra exigió a sus hijos que cesaran los sonidos. Aun así, el grupo avanzaba haciendo bastante ruido en la oscuridad. Las mangostas de Vesle también estaban inquietas, pero se movían con soltura en la noche; incluso capturaban pequeñas presas a medida que avanzaban.

Solo consiguieron hacer unos pocos kilómetros de marcha en toda la noche. Cuando comenzaba a adivinarse el alba, los búhos localizaron un nuevo escondite, una densa zona de arbustos en un bosque de quejigos. Allí se agruparon, todos muy cansados, humanos y animales.